

**Un viaje por Guatemala
(conclusión)**

— Gustaf August Eisen

Después de haber concluido el recorrido que he presentado en las páginas que anteceden, permanecí durante algún tiempo en la capital, Guatemala, mas no tardé mucho en sentir nuevamente deseos de emprender una caminata. Planeé dirigirme esta vez hacia Cobán, Panzós, Livingston e Izabal, y a la vuelta pasar por Quiriguá y Copán para visitar sus ruinas. Contraté al mismo par de mozos que me habían acompañado anteriormente. Cuando éstos comprendieron que yo realmente los necesitaba, reclamaron un mejor pago y tuve que aceptar pagarle a cada uno cinco reales por día. El 26 de junio de 1882, a las seis de la mañana, nos pusimos en camino. Nuestra intención era arribar al mediodía a San Antonio para poder pernoctar allí. En las puertas mismas de la ciudad nos encontramos con una cuadrilla de mozos que transportaban un cable de acero, de cientos de pies de largo, que había sido encargado para la construcción de un puente al otro lado de Cobán —unas veinticinco millas suecas al norte de Guatemala.¹ Estos tomaban el desayuno mientras descansaban y el cable yacía a un lado del camino. Apuramos el paso porque como iban en la misma dirección que nosotros, cada noche hubiéramos tenido que dormir amontonados con más de cien mozos en espacios muy reducidos, y hubiera sido muy poco agradable. Además hubiera sido difícil proveer de alimentos a una tropa semejante. A las nueve llegamos a Chinautla, una aldea distante unas tres millas de Guatemala, conocida por estar emplazada en un lugar incomparablemente hermoso, entre empinadas montañas en donde el sol

Gustaf August Eisen, destacado biólogo, geólogo y arqueólogo sueco (1847-1940) naturalizado estadounidense, visitó Guatemala en varias ocasiones, la primera de ellas en 1882, año en que recorrió el centro y nororiente del país, como se aprecia en el presente relato de viaje. Esta es la última de la serie de tres partes iniciada en *Mesoamérica* 11 (1986): 155-173. Le debemos la excelente traducción del sueco a Athos Barés.

¹ Una milla sueca antigua equivale a 10,689 metros (nota del traductor).

abraza como el fuego. Los guatemaltecos de la capital que no tienen acceso a otro lugar mejor, se contentan con pasar aquí los domingos. El hotel no es más que una pequeña cantina de pésimo gusto, con sólo algunos bancos —las sillas no existen porque no pueden fabricarlas en el país ni tampoco traerlas de California o de cualquier otro lugar por ser muy costoso. Al lado del pueblo corre un arroyuelo que tiene unas chozas de paja, pero como el agua no es más profunda que unos dos pies (o sea, 50 centímetros) resulta imposible sumergirse y hay que resignarse a no poder gozar el placer de un buen baño.

Por lo demás, el pueblito es bastante simpático. Hay una iglesia pintada de blanco al lado de la cantina y, frente a ésta, un antiguo puente que forma un arco sobre el arroyo. Arriba de la montaña hay una iglesia más grande, de campanario bajo, que por su lujo y belleza contrasta con el pueblo de bambú. El camino desde Guatemala hasta Chinautla está bien construido, es parejo y hermoso. Por ignorancia creí que así seguiría hasta Cobán, pero pasando Chinautla fue totalmente diferente. El camino ancho se estrechó para convertirse en nada más que una senda, y no hubo más puente para cruzar los riachos y arroyuelos. Por la tarde llegamos a un lago sobre la montaña, cercano a San Antonio.² El camino era bello, aunque bastante penoso y fatigoso, en especial después de la larga caminata desde Guatemala. Estoy convencido de que este lago ha sido el cráter de un antiguo volcán, que en algún momento se cubrió de agua. Es perfectamente redondo y sus playas se encuentran repletas de bloques basálticos en donde crecen árboles y plantas. En los lugares umbríos se ven begonias de grandes hojas y flores rosadas, y lirios blancos (azucenas) del género *Pancratium*, de suaves pétalos que adornan los tallos verdes. En una plantación de maíz cercana dos indígenas y un chaval estaban trabajando, pero no tardaron mucho en acercarse al manantial en donde yo me encontraba. Rápidamente comenzamos a platicar. Uno de ellos advirtió que yo buscaba algún insecto en el terreno y entre las piedras se puso entonces a ayudarme mientras me enseñaba el nombre de todos y cada uno de los bichos en su idioma. Recibí una verdadera lección sobre las diferentes clases de gusanos, lombrices, ciempiés y arañas que había en las inmediaciones y el indígena se dio por pagado con mi modo de atenderlo y escucharlo fielmente. Siempre he encontrado en el campo, por todas partes, el mismo grado de conocimiento

² La única laguna cerca de la aldea de San Antonio Las Flores, ubicado al norte de la cabecera del municipio de Chinautla, es la laguneta —“antes laguna”, según Francis Gall— de Nacahuil; *Diccionario Geográfico de Guatemala*, 4 tomos (Guatemala: Instituto Geográfico Nacional, 1978-1983), I: 719 y II: 710 (nota del editor).

de la naturaleza y de sus criaturas. Una vez se me acercó un muchacho que llevaba su sombrero lleno de pescaditos, ninguno de los cuales medía más de cuatro pulgadas, pero todos eran de especies diferentes, cada una de las cuales tenía un nombre distinto.

El indígena me dijo que si volvía en otra oportunidad me enseñaría todas las especies animales y vegetales de la región. Al atardecer retornamos al Cabildo, en donde colgué mi hamaca y me dormí rápidamente, cansado de aquel primer día de viaje.

Desde San Antonio el camino va bordeando el río que con el aguacero de la noche anterior se había desbordado y corría caudaloso. Toda la mañana anduvimos por un sendero que por momentos se angostaba tanto que no medía más de un pie de ancho. A la izquierda se alzaba, vertical, la montaña; a la derecha, el terreno se cortaba a pique sobre el río y éste penetraba entre las rocosas paredes. La vegetación era irrigada por numerosos manantiales y lucía exuberante: helechos, begonias y orquídeas crecían por todas partes, tanto entre las rocas como bajo los hermosos árboles de múltiples especies que daban sombra al camino. Por la tarde la marcha nos llevó sobre las altas cadenas de montañas —las mismas que tuviéramos antes a la izquierda— y al otro lado el camino descendía hacia Motaguas y el valle del río Grande. El sendero se volvió pésimo, estaba tan lleno de piedras puntiagudas que me preguntaba cómo harían los caballos o las mulas para avanzar por él. Me han contado que muchos se despeñan aquí todos los años. Toda la cumbre de la montaña está revestida con pinos cuyas hojas verde-azuladas no son demasiado lindas y no pueden siquiera compararse con los bosques de coníferas de California. El Cabildo de Trapiche Grande, en el que dormimos, estaba construido de cañas de bambú, sin ventanas ni puertas. Interiormente se dividía en dos cuartos. Uno de ellos estaba lleno de cochinos y gallinas, y en el otro había una docena de niños que, con la ayuda del puntero del maestro, delectaban aprendiendo a escribir. Por la noche llovió y estuve contento de poder tener un techo sobre mi cabeza, pese a tener que compartirlo con tantos cuadrúpedos.

Al otro día el calor fue sofocante y la humedad tan densa que la ropa se sentía mojada. No se movía ni una hoja y la naturaleza parecía verdaderamente dormir. Así, seco y cálido, se ve siempre el valle del río Grande en verano, mientras que en invierno es húmedo y agobiante. Un puente recién construido, bastante grande, cruzaba el río. Era espléndido estar allí en medio de aquella naturaleza virgen con frondosos bosques, empinadas pendientes y espumosa agua. En Canoa, un pequeño pueblecito

cercano a río Grande, en donde antes de que se construyera el puente se cruzaba el río en canoa o en "hamaca", el camino abandona la playa y se interna ascendiendo. Llevaba una carta de recomendación para el mayordomo de "Llano Grande", una finca perteneciente a Guillermo Rodríguez, quien me recibió muy bien y me dio albergue para pasar la noche. A la mañana siguiente estábamos nuevamente en camino. El sendero ascendía constantemente y cuanto más subíamos, más empobrecía la naturaleza, más calor hacía y más seco se tornaba el aire. Los bosques eran bajos y se componían casi exclusivamente de pinos ralos, pequeños robles y algunos arbustos. Estaba mucho más arbolado en las zonas cercanas a los arroyos. Allí se veían cantidades de árboles, entre ellos uno cuyas hojas y frutos se parecían a los de la magnolia, con unas bayas oscuras de muy buen sabor cuando no se tiene nada más a mano.

A la tarde llegamos a un monte de unos cuatro o cinco mil pies de altura en cuya cumbre el camino se retorció como si fuese una víbora. Tres largas horas nos tomó llegar hasta la cima, pero nuestro sacrificio se vio recompensado porque obtuvimos una maravillosa vista del río Grande, con sus innumerables laderas y profundos valles llenos de vapores azules. Hacia el este también se veía el volcán Pacaya y hacia el sur un gran monte solitario que no podía ser más que el volcán Santa Catarina, el más grande de los volcanes del interior del país, cuya última erupción fue en 1496. Al norte se ensanchaba el valle de Salamá, que parecía totalmente circular, rodeado de altas y puntiagudas cimas de montañas que estaban secas y despobladas por completo de vegetación. El descenso desde aquellas alturas fue naturalmente mucho más liviano, además de que las montañas protegían con su sombra las pendientes del fuerte sol del mediodía. En las laderas se veía una abundante vegetación. Los robles estaban entremezclados con pino y recubiertos por orquídeas y bromeliáceas en flor. Cuanto más descendíamos, más estéril se volvía el terreno, más escasas las plantas y comenzaban a predominar los cactus.

Por la noche paramos en una pequeña residencia llamada "Rincón Grande", donde afortunadamente se había concluido de construir una nueva vivienda, que aún no estaba repleta de pulgas o "niguas" (*Pulex penetrans*), así que pudimos descansar sin ser molestados.

El valle de Salamá —como ya he dicho— ofrece un panorama totalmente diferente de cualquier otro lugar de Guatemala. Me habían informado correctamente cuando me aseguraron que Salamá quedaba en la región más cálida y seca del país, pero no había logrado imaginar a la naturaleza tal cual es. El camino se encontraba completamente bordeado a

ambos lados por altos muros de cactus cuyos troncos, anchos y rectos, y sus ramas paralelas parecían los tubos de un órgano. Estos cactus se plantan, por lo general, para formar cercas, y con ese fin se les cortan los troncos y se los coloca en el terreno. De esta manera se obtiene al cabo de sólo un par de años un seto impenetrable. También se utiliza a tal efecto una especie de ananá, llamada "piñuela", cuyas hojas, de un hermoso color rojo fuego, se encuentran provistas de grandes espinas, que junto con las ramas retorcidas hacen imposible cualquier intento de paso.

En los lugares en que hay acceso al agua se ven pequeñas plantaciones de naranjos, limoneros, ananás y bananos, pero entre ellos los terrenos son desérticos y secos, llenos de piedras o arenas y solamente cubiertos por pequeñas cabezas redondas de cactus.

En medio de este valle corre un arroyuelo y sobre una de sus riberas está ubicada la ciudad de Salamá con sus callejuelas largas y angostas y sus casas blancas y azules, de techos de tejas rojos, sobre los cuales se alza la blanca iglesia. Un antiguo puente de piedra y techado de tejas cruza el río. A la sombra de un alto y frondoso árbol de ceiba había un grupo de mujeres que sentadas a la orilla del agua hablaban y reían, mientras lavaban ropa, o caminaban cargando sobre sus cabezas grandes canastos o cubos de agua.

Al otro lado de Salamá se abría una gran llanura de terreno pedregoso y seco. Por todas partes habían cabezas de cactus con largas espinas que parecían erizos con las púas desplegadas. No me imagino siquiera cómo la gente del lugar puede caminar por allí descalza durante las noches, cuando a mí me resultaba difícil hacerlo en pleno día. Después atravesamos la llanura hasta llegar al pie de la montaña que, fría y majestuosamente, se alzó sobre nosotros. Encontramos un pequeño torrente claro con una caída de agua rodeada de árboles recubiertos de orquídeas y de unas plantas que se parecían bastante al ananá. El agua era tan agradable que me dí un baño, mientras mis mozos se sentaron tranquilamente a mirarme. Me aseguraron que para ellos el agua era extremadamente perjudicial y que no querían enfermarse.

Cabargar por estas cuestas, que son las peores de Guatemala, bajo un sol ardiente, soportando el polvo del camino y sin poder beber una sola gota de agua en cuatro horas, es verdaderamente penoso; pero mucho peor es tener que hacerlo a pie. Toda la ladera era un desierto; sólo había unas grandes matas de yuca parecidas a los rosales que cubrían con sus hojas espinosas ambas paredes, y en una roca se veían algunos árboles y arbustos, languideciendo por el calor, pero no había agua por ninguna parte.

A la tarde llegamos a la cumbre de la montaña que constituye la

división de aguas entre el sistema del Motagua y el del Polochic. Es la más alta de esta región del país, pero no he podido comprender el motivo por el que se denomina a esta cadena montañosa como "Sierra de las Minas", ya que no existen minas en las cercanías. Por el contrario, más abajo, hacia la costa Atlántica en donde la misma montaña recibe el nombre de "Sierra del Mico", sí existen depósitos de minerales que aún no han sido explotados. Esa tierra a la que nos acercábamos era, sin duda, una de las más desoladas que nunca viera. Lo cierto es que, si bien estaba completamente arbolada de pinos, éstos eran tan secos y ralos, grises y feos, que hubiera sido preferible el terreno despoblado. Por todos lados nos rodeaban montañas altas y redondas que cerraban el panorama, y desde sus cumbres descendían en dirección al pequeño valle al cual nos dirigíamos, amenazantes nubes negro-grisáceas. En un pequeño descampado vimos tres o cuatro chozas de ralas paredes de bambú y techo de hojas. Una de las cabañas parecía más grande que las otras y allí nos instalamos luego de haber pedido permiso a su propietaria. No se veía nada cultivado, ni siquiera maíz. No comprendo de qué vivía esa gente. Santo Tomás, el santo protector del cual recibe el nombre el lugar, no debió de haber estado muy interesado en la agricultura ni en la jardinería y por ello impulsó seguramente dichas actividades tan poco como el mismo gobierno de Guatemala.

Apenas había colgado mi hamaca, cuando densas nubes negras cubrieron el cielo y finalmente se descargaron unos chaparrones muy fuertes, al estilo usual de Guatemala. Como la lluvia era muy fuerte fueron llegando los indígenas con sus cargas a la espalda a buscar refugio. Cuidadosamente, se habían quitado sus ropas y las llevaban dobladas debajo del brazo, habiéndose cubierto la cabeza y la carga con un "suicaya", o sea una alfombra de hojas de palmera. Dichas alfombras son completamente impermeables e indudablemente mucho más útiles que los mismos paraguas, los que en las lluvias tropicales no sirven más que un tamiz. Cuando no llueve llevan las mantas plegadas en un rollo largo y delgado, atado sobre la jaula que cargan en la espalda.

Nos juntamos más para que hubiera lugar para todos en la galería. Entonces los indígenas comenzaron a revolver en sus jaulas; uno de ellos sacó allí un par de cebollas, otro, pescado seco; un tercero, unos marlos de maíz. Le dieron todas esas cosas a la anfitriona en pago por el alojamiento. Sin embargo, ésta no se dio por satisfecha y gritando salió a la galería anunciando que aquéllo no era ni cabildo ni hostería, y que si alguno quería quedarse a pasar la noche allí podría hacerlo previo pago de un "cuartillo", o sea tres centavos. Como esta indirecta estaba también dirigida

a nosotros, le envié mis tres cuartillos, la menor moneda que circula en el país. Nuevamente comenzó a llover a cántaros y nos sentimos felices de estar bajo la protección de la galería y de que no hubiera agujeros en el techo, como solía ocurrir en otros casos. A las doce la lluvia cesó y a las cuatro ya estábamos en camino. Seguramente se cree que después de seis horas de lluvia los caminos se encuentran anegados, mas no es así como ocurre en Guatemala. Tres o cuatro horas después de que ha dejado de llover los caminos están ya secos. Sin embargo, esto sucede solamente en las tierras altas, ya que en la zona costera los caminos se encuentran inutilizados durante todo el invierno porque el agua no corre y las cuencas que se forman son muy profundas.

Había esperado que las subidas, al menos las peores, se acabaran, pero no fue más que un deseo en vano. Apenas habíamos caminado algunas millas inglesas cuando llegamos a una cuesta que nos tomó más de cuatro horas de ascenso.³ La naturaleza se había tornado exhuberante, en los vallecitos había visto que crecían algunos helechos arbóreos con troncos de varios pies de altura, pero los pinos y la tierra seca de aquí en donde sólo se dan unos pocos cactus y algunas variedades de yucas, mostraban a las claras sus diferencias con la naturaleza tropical. El motivo de esto era la dificultad de acceder al agua, además —por supuesto— del aire seco. Como el terreno se encuentra formado únicamente por cenizas volcánicas y piedra pómez endurecida, no es de extrañar que las plantas no reciban mucho alimento. Esta ceniza que existe en la mayor parte de Guatemala suele tener varios cientos de pies de profundidad, aun la que se encuentra a más de cincuenta leguas de los volcanes. Esto hace pensar que aquí ha debido de haber erupciones volcánicas no hace mucho tiempo.

En las cumbres de esas altas montañas hay bosques impenetrables y el terreno se encuentra cubierto de enredaderas y arbustos altos como unos que parecen ser una especie de frambuesas negras, que si bien no son de tan buena calidad como las que se cultivan en los Estados Unidos, tienen bastante buen sabor y son dulces.

Un sendero escarpado descendía por el otro lado. Lo seguimos durante algunos minutos hasta que adelante nuestro se abrió magníficamente el panorama, con la visión de un valle alargado y estrecho, en el centro del cual había un riachuelo y pantanos, rodeado de montañas semejantes a un Pan de Azúcar y de formas muy particulares. Sus cumbres se encontraban bordeadas de nubes blancas y pesadas, entre las cuales se filtraba el sol

³ Una milla inglesa equivale a 1,609.344 metros (nota del traductor).

iluminando acullá el paisaje que se veía como si fueran los distintos cuadros de color del tablero de ajedrez. Como por arte de magia todo cambió: vimos a lo lejos un bosque impenetrable que se extendía también por las cumbres de las montañas como si fuera una cresta tupida y muy alta, flores de muchos colores, enredaderas y helechos, mariposas y constante gorjeo de pájaros. Los arroyos corrían sobre el camino y a cada paso los oíamos descendiendo de las altas montañas en pequeñas cascadas o en cataratas de cientos de pies de alto.

Toda la mañana caminamos incesantemente por este camino y tuvimos de continuo nuevas visitas de nuevos paisajes, nuevas flores, nuevas plantas y cantidad de pájaros para admirar.

Por la tarde llegamos a Tactic, un poblado de gran tamaño y asombrosamente bien organizado. Contaba con una iglesia grande, una plaza también de gran tamaño y un cabildo largo construido en piedra. Dudaba acerca de dónde quedarme, ya que el cabildo se encontraba repleto de gente y, por lo tanto, no era muy cómodo. Así es que atravesé diagonalmente la plaza y me dirigí hacia la vivienda del "cura", o sea al antiguo convento, ya que lo consideré lo suficientemente grande como para albergarme a mí con todo mi equipaje. En la entrada haraganeaban algunos chiquillos, seguramente servidores de la iglesia, ya que se veía que se habían sido lavado por lo menos el domingo de la semana pasada. Afuera también encontré a otro hombre que también pertenecía a la iglesia, una especie de viejo campanero o algo por el estilo, quien se mostró muy amable conmigo. A mi pedido de permiso para colgar mi hamaca en el corredor, me dijo que debía dirigirme al "padre", pero él mismo se ofreció a presentarle mi solicitud. Pude escuchar la respuesta que dio el cura y esto me convenció de que estaba poco bienvenido. Por este motivo opté por quedarme afuera del convento y guarecerme en el porche o portal de la entrada.

Al lado del convento se veía una pequeña casucha que, según supe después, era la vivienda del comandante del lugar, el señor Emilio González. Este mandaba sobre un batallón de seis soldados. Tenía la apariencia de un hombre de edad mediana, de cara redonda y gorda y se caracterizaba por una gran nariz de agujeros corvos y una barba en forma de pico que daban expresión a su rostro. El comandante realizaba continuas caminatas entre la cárcel y el cabildo y, como sufría de gota, debía apoyarse en una especie de bastón, que se asemejaba más a un enorme tirabuzón. Durante esas recorridas a través de la plaza se cruzaba continuamente con la gente del pueblo y la amabilidad con que saludaba a todas las viejas matronas descalzas me hizo suponer que sería mejor recibido por él que por el padre.

Así es que me le acerqué y afortunadamente no me vi decepcionado. Aquel solitario guerrero era uno de los hombres más amables y atentos que he llegado a conocer en toda Guatemala.

Cuando por la noche colgué mi hamaca, tuve entretenimiento de continuo. Los muchachos que cuidaban "fielmente" al "padre" no cesaban de pelear entre ellos y solamente acordaban la paz entre sí cuando decidían atacar juntos a pedradas a los perros de la aldea, que se acercaban a la plaza atraídos por el olor de nuestra comida. Las campesinas iban y venían visitando al cura. Una cargaba una gran torta, otra una taza de chocolate, una tercera bollos frescos y así las demás, por lo que se veía que el padre no debía pasar nada de hambre. Esto hizo que me lo imaginara como un deán gordo y grasiento, pero repentinamente éste apareció en el portal del convento y tuve oportunidad de verlo de cerca. Daba la impresión de no ingerir más de una comida a la semana y no pude explicarme a dónde iban a parar todas aquellas tortas y bollos. El campanero venía pisándole los talones, y los muchachitos, de dos en dos, un poco más atrás.

Como al día siguiente era domingo, fui hasta el pantano cercano al arroyo para echar una mirada. A pesar de no ser tropical, la vegetación se veía muy lozana. En el terreno enlodado crecían grandes bosques de árboles de magnolias con grandes flores blancas y brillantes hojas verdes. Cada árbol estaba recubierto por completo de musgo verde y las ramas de orquídeas y bromeliáceas. Entre estas últimas había una enorme, la *Tillandsia*, que crecía entre las horquillas de los árboles, en grandes matas de seis pulgadas de grosor y con largas hojas colgantes, repletas de ramilletes de flores, similares a largas trenzas, como lengüetas de color rojo fuego con florecillas pequeñas en los bordes. Al mediodía del día festivo entré en la iglesia que se encontraba engalanada con flores colocadas en incontables floreros rodeando los muros, y hojas de magnolia esparcidas por el suelo. No puedo decir que hubiera muchas imágenes de santos, pero recuerdo que llegué a contar hasta cincuenta.

Afuera, cuarenta y siete muchachas —algunas no muy jóvenes— se afanaban, cada una con un cuchillo de mesa en la mano, en arrancar de raíz las malas hierbas que cubrían el plano elevado frente a la iglesia. Estaban alineadas en cuatro filas, todas vueltas hacia el campanero quien, con un bastón en la mano y parado en la parte delantera de la iglesia dirigía, entre charlas y risas, al batallón. Extrañamente, era yo el único espectador de este cuadro lleno de vida y colorido.

Tanto había oído hablar de Cobán que me decepcioné bastante cuando lo conocí. El camino que conducía hasta allí desde Tactic no era tampoco

demasiado notable. La ciudad estaba embutida entre arboledas de bananos y plantaciones de café, en una elevación en el centro del valle en el que el río da vueltas en extraños recodos. Indudablemente se ha exagerado mucho la belleza de los alrededores de Cobán. El bosque, único adorno de estos parajes, se encontraba totalmente despoblado y se lo puede apreciar sólo en las crestas de las montañas. Todos los años los indígenas lo talan en un trecho más y queman para plantar su maíz. Cada diez o veinte años retornan al mismo lugar para cultivarlo nuevamente. Pero no por eso desaparece menos el bosque.

Hice algunas excursiones por la ciudad pero, como a las cuatro de la tarde siempre se esperaba lluvia y tormenta, los paseos nunca fueron demasiado largos. También realicé algunos intentos infructuosos de pesquisa sobre el casco de la antigua ciudad, de cuyas ruinas el padre de Quiché había informado a Stephens cincuenta años atrás. Nadie sabía nada de ellas. Esto no quería decir demasiado, ya que las ruinas seguramente se encontraban escondidas en la selva, a donde el hombre blanco aún no ha penetrado y los indígenas, si bien pueden llegar a conocer algo de esto, callan como un muro. También había pensado en viajar hasta un pequeño pueblo al norte de Cobán llamado San Pedro Carchá para investigar sobre algunos manuscritos indígenas que, según se decía, estaban depositados en la casa de las autoridades del pueblo. Sin embargo, prevenido de que nada lograría si de antemano no me proveía de una orden del gobierno, dejé a un lado esta empresa ya que el tiempo, además, me era escaso para llegar hasta Panzós en el río Polochic, en donde planeaba embarcarme en un pequeño vapor para dirigirme hacia el mar. Telegrafíé a tantos lugares como me fue posible para averiguar cuándo partiría el vapor, mas no recibí respuesta alguna porque las líneas telegráficas estaban ininteligibles. Lo único que pude averiguar fue que el barco no partía nunca en el tiempo previsto. Había calculado que me llevaría unos siete días llegar hasta Panzós, y como siempre es preferible llegar demasiado temprano y tener que esperar que llegar demasiado tarde, empaqué rápidamente mis pertenencias, cargué con ellas a los indígenas y al amanecer de un hermoso día me puse en marcha.

Había llovido varias noches seguidas y los caminos no eran los mejores. Entre Cobán y Panzós había un sendero para carros pero éstos, que entre otras cosas transportaban café hasta el vapor, lo habían recorrido tantas veces que se encontraba intransitable. En las cercanías de Cobán, la ciénaga era insoportable pero a medida que nos alejábamos el terreno se volvía más arenoso y mejor. Me había propuesto llegar ese día hasta una pequeña aldea llamada San Cristóbal, hermosamente ubicada a orillas de un lago e

incrustada entre colinas en cuyas cumbres aún se podían ver a los árboles alineados de la selva. El camino más próximo hacia Panzós nos condujo nuevamente hasta Tactic, en donde planeaba detenerme por lo menos un día para realizar una excursión por la selva que había en la cumbre de la montaña. Cuando por fin arribamos allí por la tarde, nos detuvimos en donde lo hiciéramos la vez anterior, en el porche de la iglesia, donde nos recibió el señor Emilio González, nuestro antiguo conocido. Cuando estuve acomodado en mi hamaca y listo para dormir, oí un ruido muy fuerte, como de una tormenta que se avecinaba. Se escuchaba cada vez más cerca y pronto supimos su origen. Se trataba de un grupo numeroso de indígenas que cargaban aquellos cables brillantes que ya habíamos visto en nuestras idas y venidas por Guatemala. Como en ese momento comenzó a llover, todos soltaron los cables que portaban y corrieron a guarecerse bajo el techo. Se apretujaron en cada agujero y en cada rincón libre que encontraron y también nosotros tuvimos que hacernos a un lado. Como todavía teníamos un poco de fuego de vivac, muchos de los indígenas se acercaron para calentarse allí y estuvieron en derredor nuestro hablando y metiendo bulla hasta el punto de que nos resultó imposible cerrar un ojo en toda la noche. Varios de ellos ya se habían acostado, otros ya habían dormido y a las tres de la mañana ya estaban de pie o se habían marchado. El cable quedó tirado como una gran víbora en la plaza, posiblemente a la espera de que alguna otra compañía de indígenas continuara transportándolo.

Mi excursión por la selva de los alrededores de Tactic había sido muy agradable. Pero llegar hasta allí fue bastante difícil y trabajoso porque la montaña, a ambos lados del valle, era muy escarpada. La humedad de aquel lugar era excepcional, por lo que se adaptaban bien en especial las plantas de adorno. Estos bosques son el lugar de origen de los quetzales. Este pájaro es tan escaso que es muy raro encontrar alguno, ya que a medida que se desmonta el bosque se muda más lejos. No creo que exista pájaro más hermoso que éste: es rojo, blanco y verde; tiene una gran cresta sobre la cabeza y una cola de plumas largas de colores dorados y tonos bronceados. A pesar de lo poco abundante de la especie logré, no obstante, conseguir un ejemplar, que seguramente con el tiempo acabará en un museo.

Algunas millas al este de Tactic se encuentran las fuentes termales de Polochic, uno de los pocos ríos navegables de Guatemala. Viajamos por éste a través del archipiélago de Polochic desde la región montañosa hasta la llanura tropical de Panzós.

En un comienzo el camino descendía y era muy escarpado. Cruzamos la colina que parecía aumentar de tamaño innumerables veces. A cada

paso encontrábamos nuevos manantiales y afluentes precipitándose sobre el musgo y fuera de la montaña. Las raíces de los árboles se adelantaban tranquilamente desde la selva por entre troncos gigantes y enredaderas. En todas partes el agua era clara y cristalina y el valle retumbaba de alegres murmullos. Cuando por la noche llegamos a Tamahú, el Polochic había aumentado de tamaño hasta convertirse en un imponente río, que no podía cruzarse fácilmente.

La aldea nombrada se encontraba ubicada en una empinada cuesta, en frente de la cual corría el río. Al otro lado de ésta se extendía una selva impenetrable que cubría una pendiente, aún más escarpada, que llegaba hasta la caída de agua. No podría recomendar a los investigadores de la naturaleza ningún lugar mejor en Guatemala que los bosques de los alrededores de Tamahú.

En una colina que se alzaba sobre el pueblo se podía ver un vestigio de muros y terrazas, posiblemente algunas ruinas. Desde allí se podía apreciar una vista excelente de la ciudad con su gran iglesia y la cantidad de chozas alrededor. Mientras me encontraba allí sentado dibujando se puso el sol tras las montañas. En el crepúsculo se veía la naturaleza llena de vida, con gran cantidad de luciérnagas revoloteando, zumbando en derredor y ardiendo como centellas eléctricas; entre ellas podía verse planear con luz vacilante a un espécimen de mayor tamaño. Este era un escarabajo de varias pulgadas de largo, que brillaba con una luz en cada borde de sus alas y otra amarilla en la parte inferior. Junté varios de estos ejemplares en mi red y, cuando volví, la até a mi hamaca para que me iluminaran mientras descansaba.

Tamahú fue el último pueblo de las tierras altas. A medida que descendíamos, el calor se volvía más agobiante, la montaña menos empinada, el valle más extenso y las vertientes más escasas. Las tierras altas se continuaban con las formas más tropicales del litoral, los helechos arborescentes desaparecían completamente mientras que las variedades de begonias eran otras especies de las que había observado en las zonas altas. A la noche siguiente llegamos, muy cansados y llenos de polvo, a Tukurú, el peor pueblo que yo había visto hasta entonces. A pesar de eso, había allí un cabildo y en él funcionaba la escuela. Rápidamente me vi rodeado por todos los chiquillos negros. Como de costumbre, mi mapa de viaje fue el objeto de su atención, y su alegría no tuvo límites cuando pudieron deletrear algunos nombres como Cobán, Tamahú y Guatemala. En agradecimiento, uno de ellos tocó el violín para mí, y debo reconocer que realmente lo hizo muy bien. Aquí los indígenas sienten más afición por la música que en cualquier

otro lugar de Guatemala, y en la actualidad se les enseña en las escuelas a tocar tanto la flauta como el violín.

Desde Tukurú el camino continuaba incesantemente cuesta abajo. En aquellos lugares en que pequeñas vertientes y arroyuelos cruzaban el camino, éste se encontraba repleto de incontables mariposas de soberbios colores que tonalizaban el terreno de amarillo, rojo, blanco y azul. Era imposible llegar a contarlas todas, además de que, en cuanto uno se acercaba, levantaban el vuelo rápidamente.

Por la noche llegamos a las tierras bajas. El Polochic había ido aumentando de tamaño constantemente, hasta llegar a convertirse en un gran río sobre el cual se levantaba un puente de hierro, fabricado en los Estados Unidos. Cruzamos el río y, a sólo unas pocas millas inglesas de éste, arribamos ya muy cansados a una aldea llamada La Tinta. Esta se componía únicamente de tres hileras de chozas que formaban los tres lados de una gran plaza en donde había una gran ceiba y un bombax. Sobre el cuarto lado se erguía el cabildo, una casucha sucia con techo de hojas de palmera, repleto de agujeros, aberturas, telas de araña y cueros de víbora.

La Tinta era, sin lugar a dudas, una ciudad en continuo progreso. Dentro del único cuarto con que contaba el cabildo se amontonaban media docena de "señores" en sus hamacas o sobre el piso. Uno de ellos vestía una gruesa chaqueta de lana y pantalones de abrigo, vestimenta que hubiera sido adecuada para permanecer a la intemperie soportando un frío polar.

El cabildo había logrado sobrevivir durante más de cincuenta años sin tener puerta, pero ahora que habían llegado los tiempos nuevos y con éstos nuevas ideas y ambiciones, se planeaban grandes mejoras en el pueblo. Por lo tanto, el cabildo tendría su puerta. El único problema consistía en que la abertura era oblicua e inclinada, y la puerta debería ajustarse a dicha forma. Sobre esto discutía el grupo de señores con el carpintero, que trabajaba en la entrada.

Hay que hacer notar que cuanto más se acerca uno a la región costera, más pobres, más feos y enfermos son los nativos. El calor les impide trabajar y además no necesitan hacerlo, puesto que la vegetación es muy abundante. En las altiplanicies nos habíamos cruzado a menudo con grupos de indígenas que marchaban cargando sus fardos, mas aquí, en la región costera, esto no se veía habitualmente. La suciedad, la pobreza y la miseria contrastaban enormemente con la espléndida vegetación tropical.

El camino entre La Tinta y Panzós pasaba por una planicie que bordeaba el río y atravesaba la selva más impenetrable que jamás había visto. Una tercera parte de los árboles eran palmeras de troncos gruesos que

alcanzaban unos treinta pies de altura. Sus hojas medían entre treinta y cuarenta pies de largo y los frutos se asemejaban a los cocos, si bien eran de menor tamaño y no eran comestibles. Se encontraban tan cerca una de otra, que a menudo se tocaban y sus altas coronas, parecidas a ramilletes de plumas, trenzaban juntas sus hojas.

En aquellos lugares en que el camino pasaba debajo de esa cantidad de palmeras, parecía que las hojas formaban un verdadero arco gótico de ochenta a cien pies de altura, debajo del cual los troncos se asemejaban a una interminable columnata. Si bien la primera impresión que tuve de este bosque fue maravillosa, con el tiempo me llegó a parecer muy monótono. Cada recodo del camino mostraba el mismo cuadro, los mismos árboles, las mismas plantas y, además de los papagayos, no se veía ningún otro animal.

Los indígenas tienen la idea de que las fuentes termales pertenecen a los espíritus de la naturaleza y suelen tirar astillas secas en el borde de las vertientes. Había varias de éstas sobre el camino y se encontraban tan recubiertas de ramitas que dificultaban mucho el paso. Repentinamente comenzó a lloviznar. Como aún estábamos en camino, tuve que ponerme mi impermeable y mis mozos se echaron sus alfombras sobre la cabeza. Nos cruzamos con una media docena de indígenas que se habían envuelto en grandes hojas de *Caladium* para protegerse de la lluvia. La mayor parte de la hoja colgaba desde la espalda hasta el piso y largos jirones de ésta cubrían parte del pecho como si fueran las puntas de un chal. Seguramente aquellas hojas eran muy livianas y dejaban pasar menos el agua que mi pesado impermeable.

Telemán resultó ser una aldea un poco mejor que La Tinta, ya que hasta tenía un hotel. Como me habían recomendado que me hospedara en el local del señor Pedro Bustamante, lo primero que hice al llegar fue preguntar por él. No resultó nada difícil encontrar su casa, ya que en el pueblo no había más de ocho o diez chozas en total, todas construidas de bambú y techadas de hojas de palmera.

El señor Bustamante era un hombre de pequeña estatura, por cuyas venas corría más sangre negra de la adecuada para que hubiera podido llegar a poseer un hermoso aspecto. Si además se dice que se encontraba de pie con un cuchillo de cocina en la mano, en medio de un cuarto en donde por todas partes se veían trozos de carne de cerdo que colgaban sobre hilos clavados a la pared, se puede comprender fácilmente que ni este hombre ni su entorno eran especialmente atractivos. No obstante, resultó ser una persona muy amable y obsequiosa. Atentamente me ofreció asiento sobre un cubo de madera de palmera. A pesar de que su casa no tenía más que un

cuarto y el pabellón, pude pasarlo bien, ya que este último, una especie de jaula, se encontraba recubierto de un mosquitero. Si no se tiene la suerte de contar con dicha protección, es posible tener que llegar a pasar toda la noche en vela, porque tan pronto como oscurece aparecen revoloteando cantidades de mosquitos. Los naturales se tiran semidesnudos sobre una alfombra en el piso, y quedan expuestos a los ataques perseverantes de estos vampiros, pero el hombre blanco se desespera por mucho menos.

El bosque que se extendía entre Telemán y Panzós era tan denso y magnífico como el anterior, mas los mosquitos no nos dieron el menor descanso y por ello no tuvimos tiempo suficiente para admirarlo. Un puente colgante de varios cientos de pies de largo cruzaba el Polochic, dando la impresión de ser una interminable alfombra construida de raíces y enredaderas. No era ni muy seguro ni demasiado hermoso, pero maniobrando un poco logramos llegar hasta la otra orilla. Debo reconocer que después de tantas fatigas me sentí completamente contento cuando divisamos frente nuestro a Panzós, y aún más contento cuando me enteré de que el vapor Esperanza había arribado aquel mismo día y partiría a la mañana siguiente. Dejé a los indígenas cuidando mis pertenencias en el hotel que, como los anteriores, no era más que una choza de cañas de bambú, y me dirigí en busca del capitán del barco. Este era un yanqui alto y delgado, de barba roja y el cabello claro. Rápidamente ordené un lugar para mí en el vapor y pagué mi pasaje.

El viaje por el río Polochic resultó lo más placentero que hubiera podido desear. A las seis de la mañana ya me encontraba a bordo, y una media hora después estábamos en camino. El río se enroscaba como una serpiente dirigiéndose hacia los cuatro puntos cardinales y, como no era más de doscientos pies de ancho, tenía de continuo los más extraños recovecos. El capitán me dijo que en ningún otro lado existía otro río con más recodos que éste, y yo estuve de acuerdo con él. Pero pese a todo, el viaje no me resultó nada monótono. Como aquí la naturaleza se había desarrollado con toda su magnificencia, las orillas estaban bordeadas de los ejemplares más exhuberantes del mundo vegetal. Entre los árboles volaban grandes papagayos de color granate, cuya gritería se dejaba oír a casi media legua de distancia. Cada tanto se veían algunos monos, pero éstos se alejaban asustados por la cercanía del vapor. En el río había caimanes que flotaban dormidos sobre la superficie del agua y que cuando nos aproximábamos se hundían aterrorizados. Otros yacían estirados en compañía de las tortugas y las garzas blancas, al lado de los troncos de la playa. En algunos lugares, mientras que los que abastecían de leña al vapor sudaban bajo grandes

cargas que transportaban hasta aquél, pude bajar a tierra y recostarme a descansar a la sombra de algún árbol frondoso. Lagartos grandes y largas víboras verdes o de color de bronce salían de entre los árboles, para mi gran solaz. Sin embargo, esto causaba poca diversión a la atemorizada tripulación. En aquellos lugares crecían unas palmeras altas y delgadas que casi parecían juncos; sus pequeñas coronas, que se divisaban sobre el bote, se asemejaban a los pámpanos de la vid, a diferencia de que en lugar de uvas contenían una especie de nuez pequeña de color rojo-violáceo. Junté un puñado de éstas en mi pañuelo porque eran muy sabrosas, con una pulpa jugosa, dulce o agridulce que resultaba extremadamente refrescante en el agobiante calor.

Al atardecer anclamos en el lugar donde el Polochic desemboca en la laguna grande de Izabal y el capitán y yo aprovechamos esta oportunidad para darnos un refrescante baño sin preocuparnos en lo más mínimo de los hambrientos caimanes.

A las cuatro arribaron mis mozos. Los había enviado desde Panzós en el barco del correo y, como para ese entonces había decidido continuar viaje en el vapor hasta Livingston, los dejé seguir hasta Izabal solos, recomendándoles que me esperaran allí. A las seis estábamos ya dejando atrás aquel lugar en que el Polochic desemboca en la gran laguna, rodeada hasta donde la vista alcanza de altas cadenas montañosas. A medida que nos alejábamos y la imagen se volvía más nebulosa, daban la sensación de ser nubes más que montañas. Cerca del lago se extendía una cinta ancha y pareja de bosque. Llegamos al otro lado de la laguna y a la costa oeste cerca del mediodía. Allí se apretujaba el agua formando un lago interno, y había una bahía, que llamaban Golfete. En una punta pequeña entre la laguna y el golfo, se encontraba el pequeño fuerte de San Felipe que, si bien en el mapa estaba señalado incomprensiblemente con una gran estrella, en la realidad no era más que un pequeño muro, semidestruido, de unos diez o quince pies de altura y techado de hojas de palmera. Pese a la imagen tan desoladora que ésta presentaba en la actualidad, no pude evitar pensar en que había sido escenario de numerosos combates entre españoles e indígenas, muchos de los cuales habían caído bajo esos muros.

El estrecho que une el golfo con el océano Atlántico recibe el nombre de río Dulce. A ambos lados de éste se elevan verticalmente algunas montañas de piedra caliza, que asemejan a los blancos muros de una fortificación, bañados por las olas y recubiertos de grandes conos de vegetación tropical. De cada una de las rocas se agarran las raíces de algún árbol cuya corona se extiende como una bombilla y cuyas ramas soportaban el peso de

numerosas plantas parásitas que colgaban hasta la superficie del agua, unos cien pies hacia abajo. Con los prismáticos puede observar un par de sitios elevados en donde se veían imágenes muy particulares talladas en la piedra de flechas y manos, pertenecientes seguramente a algún pueblo de la antigüedad, en cuyo recuerdo ni siquiera se cuenta una leyenda. Asombrado contemplaba este panorama cuando, repentinamente, el vapor se desvió y nos enfrentamos con una gran bahía que tenía al océano Atlántico de fondo. En una punta delgada que se introducía directamente al mar se encontraba el destino final de nuestro viaje, la pequeña ciudad o pueblo de Livingston. Anclamos en las afueras y un bote pequeño nos condujo hasta el muelle en donde esperaban, para darnos la bienvenida, los grandes personajes de la ciudad y la mayoría de sus habitantes; todos curiosos por obtener noticias.

A la noche crucé la alta y escarpada ensenada que se encontraba revestida por cocoteros y me dirigí hacia las barrancas del otro lado de la playa, para tener la oportunidad de darme otro baño en el Atlántico. Frente a mí se extendía en total tranquilidad el ancho océano, atravesado de estrías de claros colores. Hacia la izquierda se divisaba a Belice como un montón de manchas de formas fantásticas, que se elevaban y descendían como si no pudieran decidirse a quedarse quietas. Hacia la derecha se vislumbraban las tierras bajas de Honduras y detrás de ellas, como nubes difusas, las cumbres de las montañas. Cuando el sol se puso, acabaron repentinamente los constantes susurros de las olas pequeñas, que rompían contra la playa. La naturaleza se transformó, quedó tranquila e inmóvil, coloreada de tonos suaves y cálidos como solamente se ven en el trópico. Pero mis pensamientos no quedaron en paz, sino que comenzaron a volar sobre el océano que, nuevamente, después de tantos años, se encontraba frente a mí, alejado del norte en donde la naturaleza, además de ser menos hermosa, resplandece en otros colores.

Los habitantes de Livingston, impropriamente llamados "caribes", son una especie de negro mezclado con indígena. Al igual que todas las razas que no son puras, han heredado las malas cualidades tanto de sus antepasados negros como los de piel roja, pero ninguna de las buenas. Los hombres, echados a la sombra de algún árbol frondoso, pescan y fuman; y por las mañanas se reúne toda la población, hombres, mujeres y niños, fuera de la ciudad en los muelles. Los hombres suelen tener hasta tres esposas, una en Izabal, otra en Livingston y una tercera en Santo Tomás, y reparten todo su tiempo entre ellas. La única molestia que se toman cuando se casan es construir una choza de bambú o de hojas de palmera para la joven señora, que es quien mantiene al hombre después. Si éste realiza alguna

tarea para ella, ésta debe pagarle, y muy bien, para que lo haga. Hay una diferencia significativa entre estos "caribes" y los propios habitantes indígenas de Centroamérica. Estos últimos son laboriosos, hermosos y hospitalarios, mientras que los primeros son haraganes y feos y odian a todo aquello que no pertenezca a su propia tribu, no escatimando ningún medio en apropiarse de las propiedades ajenas. Son los habitantes más indeseables de toda Centroamérica y en los lugares donde habitan, el país es más pobre y se encuentra sin cultivar.

La visita del "Esperanza" a Livingston fue tan corta como imprevista y apenas me había alejado un poco cuando sentí la sirena del vapor llamándome; debí dejar por lo tanto las despedidas de los antiguos amigos para otra oportunidad.

En el vapor trabé amistad con el hombre más famoso de toda Guatemala, quien era además uno de los más atentos que he conocido: el comandante de Izabal, señor Enrique Toriello. A mi llegada a Izabal se mostró muy amable y cuando se enteró de que pensaba visitar las ruinas de Quiriguá y las de Copán, me entregó una carta de recomendación para sus subordinados en la provincia. Mi estadía en Izabal fue, no obstante, bastante corta, sólo un par de días. Allí me reuní con mis mozos y con mi equipaje; visité la ciudad y sus alrededores y el resto del tiempo lo destiné a comprar provisiones. Izabal no ha podido ser nunca una gran ciudad hasta que Livingston fue declarada puerto libre.

La mayor parte del poblado está compuesto de casas de bambú y de adobe; por eso se destacan las construcciones de la playa que son de madera como el cuartel, la casa del comandante o el consulado americano. No se ven espacios arbolados pero sí algunos jazmines (*Gardenia floribunda*), repletos de hermosas flores blancas muy perfumadas, que alcanzan una altura de diez o quince pies. En Izabal el calor era agobiante y se sentía más fuerte a causa de la humedad. Sin embargo, a las nueve de la noche, un aire fresco proveniente de la laguna hacía el ambiente muy agradable. Nos levantamos temprano para poder avanzar un largo trecho antes de que amaneciera. El terreno ascendía rápidamente hacia el sur de Izabal hasta alcanzar, a una distancia de doce millas inglesas desde la ciudad, una altura de alrededor de los seis mil pies, precisamente en el lugar en que el camino cruza la cadena montañosa de Sierra del Mico. En nuestro primer día de viaje planeábamos llegar hasta Quiriguá, ubicada a unas veintiún millas inglesas desde Izabal.

Este camino de montañas parece ser, sin lugar a dudas, el peor del país. En su insuperable trabajo sobre Guatemala, Stephens relata su viaje por él. Fue también sobre este sendero que el acompañante de Stephens,

el señor Catherwood, se expresó de la siguiente manera: "si hubiera sabido de antemano cómo era esta pequeña colina, Stephens hubiera tenido que viajar solo". Comencé a ponerme nervioso porque nos encontrábamos en medio de la temporada húmeda, época del año en que las lluvias caen durante doce o dieciseis horas al día, y sabía muy bien cómo eran las lluvias tropicales. Aún faltaban más de doscientas setenta millas inglesas para llegar a Guatemala y tener que vadear el río con lluvia y barro hubiera sido no solamente desagradable, sino imposible. Puedo decir que la suerte me favoreció bastante, ya que las lluvias, que comúnmente son abrumadoras en aquella época del año, apenas habían comenzado. En lugar de diarios chaparrones al mediodía, habíamos tenido unas pocas lloviznas y bien tarde por las noches. Esto había contribuido a que los caminos se encontrasen en muy buen estado, no obstante había que tener en cuenta que las condiciones climáticas podían cambiar en cualquier momento.

El camino o, mejor dicho, la vereda que asciende por la Sierra del Mico, es sumamente empinada y el calor era extremadamente sofocante. Parecía que estábamos dentro de un horno a vapor. La transpiración ya no sólo goteaba, sino que caía a raudales y cada cien pasos que dábamos debíamos parar y descansar un momento. La temperatura alcanzaba, a la sombra, los 125° F y el sol ardía.⁴

Los bosques que rodeaban el camino eran incomparables por su riqueza en helechos arborescentes, que eran los especímenes más grandes que yo hasta entonces había visto. No obstante, pertenecían a las mismas clases que ya había observado tanto en Cobán como en Tactic. Hay que reconocer que, si bien el camino había mejorado significativamente desde el tiempo en que Stephens lo había recorrido en 1839, aún estaba tan angosto, enlodado y lleno de pozos de agua que había que tener la paciencia de Job para poder seguir adelante. Sin embargo, fue mucho más fácil de lo que había pensado y todo cansancio desapareció como por arte de magia cuando alcanzamos el punto más alto y pudimos ver debajo y delante nuestro el gran valle del Motagua, con su ondulante río, sus profundos bosques y sus azuladas cadenas montañosas. El aire se tornó más seco y el calor más agradable por efecto de una fresca brisa. En una palabra, a ambos lados de la Sierra del Mico el clima es totalmente diferente.

El camino de descenso cruzaba por varias aldeas pequeñas. A cada paso se notaban cambios en la naturaleza, la humedad iba desapareciendo paulatinamente y el terreno se volvía seco y duro. Los árboles de fronda

⁴ El equivalente de 125° F son 52° C (nota del traductor).

se sucedieron con pinos. Cuando por la noche arribamos a Quiriguá, pensé que aquel lugar, por la apariencia que presentaba, podía compararse con varios que conocía de la California seca.

Creo que Quiriguá es la aldea más sucia y pobre que jamás he visto, y por eso cuanto menos la describa, mejor. El cabildo no era más que una pocilga donde los cerdos entraban y salían corriendo libremente, y la vivienda del comandante solamente una choza pequeña y fea. El comandante mismo era un negro pequeño y gordo, de pelo completamente gris, no obstante hay que reconocer que parecía atento y extremadamente hospitalario. La recomendación que llevaba de parte de Toriello surtió su efecto y pude agenciarme de un guía que me condujo hasta las ruinas y monolitos antiguos.

Nos levantamos temprano y dejamos todos nuestros bartulos en casa del comandante para que mis mozos no llevaran ninguna carga; nos pusimos en camino con mi libreta de dibujo y un fusil por todo equipaje.

El pueblo de Quiriguá está ubicado a $15^{\circ} 16'$ de latitud norte y 89° de longitud este y dista aproximadamente unas doce millas inglesas del río Motagua. Las ruinas, que reciben su nombre por este pueblo, se encuentran hacia el oeste de aquél, a una distancia de doce millas inglesas y a solamente unas tres desde el río. Para llegar allí debimos retroceder un par de millas inglesas, en el sentido en que se encuentra Izabal, hasta un pequeño grupo de chozas llamado "Paraje Galán". El sendero que parte desde allí y que lleva hasta el Motagua y a las ruinas es solamente conocido por unos pocos cazadores.

La noticia más antigua sobre Quiriguá data de 1839, momento en que el artista viajero Catherwood, compañero de Stephens, tuvo conocimiento de los monolitos de aquel lugar y los visitó. Algunos años después fueron visitados por Moritz Wagner y por el doctor Scherzer, el último de los cuales escribió una carta describiendo sus impresiones. Scherzer y Catherwood se refirieron a una serie de monumentos, pero ninguno de ellos parece haber visto todo lo que puede verse en la actualidad.

En el año 1882, recorrió las ruinas el inglés Maudslay, quien además tomó fotografías de las que consideraba más dignas de ser apreciadas, y contribuyó más que cualquier otro a que el lugar fuera accesible porque hizo despejar una gran parte de la selva.

Pocos meses antes de Maudslay, los monumentos antiguos de Quiriguá habían sido visitados por el francés Eugene Dessaussay, quien posteriormente escribió una breve descripción sobre éstos para el *Diario de Centroamérica*, editado en Guatemala. No obstante, Dessaussay no pudo ver

lo mismo que habían podido observar sus antecesores y esto no es de extrañar, ya que la vegetación es tan pródiga que cada nuevo viajero que llega debe talar árboles pequeños, enredaderas y matorrales que vuelven a crecer en sólo unos pocos meses, escondiendo nuevamente las ruinas. En dichas circunstancias no es difícil suponer que lo que hasta el momento ha sido descubierto no sea más que una mínima parte y que quizás la mayoría se encuentre aún escondida en el bosque, abandonada a ser encontrada al azar.

Estos monumentos pueden dividirse en dos clases diferentes: pirámides y obeliscos. Los primeros son únicamente dos y se encuentran ubicados a unos mil pies de distancia entre sí: uno más cerca del río, otro un poco más alejado. Llegamos primero a la que está más distante del Motagua. El nombre de "pirámide" no es totalmente adecuado, ya que este monumento parece más una colina de guijarros. Su altura es de treinta pies, y su base de forma cuadrada mide doscientos pies de lado. La que está más cercana al río, si bien no es más grande, es significativamente más larga. Está construida de bloques de piedra arenisca que se adaptan entre sí sin rastro alguno de argamasa. Sobre las dos pirámides crecen árboles muy altos, y ambas tienen el lado escalonado muy dañado; mas lo que resta de los mismos da una buena idea de cómo han sido: con peldaños parejos y hermosos, algo así como unos veinte que se extienden alrededor de la pirámide, dando una idea del exquisito arte arquitectónico en la antigüedad.

La pirámide tallada en piedra es doble y su base tiene forma de "U" con la abertura del ángulo mirando hacia el este. La punta superior es achatada formando un piso parejo, sobre el que se distinguen algunos agujeros redondos de dos pies de diámetro que parecen haber sido lavamanos incrustados en el suelo.

Entre ambos monumentos hay —o, mejor dicho, hubo, ya que varios se han derrumbado— nueve obeliscos de piedra en tres hileras paralelas hacia el sur de la primera pirámide que nombramos. En la primera línea se ubican unos obeliscos increíblemente grandes, cuyos bloques de piedra están tallados, representando animales míticos y jeroglíficos. Frente al lado de mayor tamaño de la pirámide del sur —o sea, aquél que mira al este formando la abertura de la "U"— hay una hilera de piedras de diferente tamaño que son también cinceladas.

Los tres obeliscos que se encuentran cerca de la primera pirámide son muy parecidos: tienen base cuadrada de doce pies de lado y miden dieciocho pies de altura y entre cuatro y cinco de ancho. Cada uno de los lados que miran al norte y al sur, respectivamente, tienen una escultura en bajo relieve

de un guerrero o algún otro personaje famoso vestido con un traje muy hermoso, con los brazos cruzados sobre el pecho, y en las manos sostiene un cetro bastante extraño, adornado con largas y ondeadas plumas de quetzal. En la cabeza llevan un sombrero increíblemente grande, de cuatro pies o más de altura, de forma cilíndrica y compuesto de varias partes que encajan una sobre otra, en cada una de las cuales se puede ver una calavera. De las orejas les cuelgan unos aros muy grandes, de forma cuadrada o redonda, y llevan el pecho y el cuello cubiertos de cantidad de adornos extraños. Las cuatro estatuas se encuentran repletas de jeroglíficos encuadrados y ubicados en líneas rectas, una encima de la otra. La dificultad de interpretar dichos jeroglíficos radica en su diferencia, tanto de los egipcios como de cualquier otro conocido, motivo por el cual hasta el momento sólo se han podido descifrar unos pocos. En cada pequeño cuadrado se ven diferentes símbolos en bajorrelieve. Algunos representan caras humanas, con diferentes apariencias y expresiones, a veces acompañadas de cuadros o figuras particulares; otras con bastones o con bolitas alineadas en rayas horizontales o verticales. Es posible ver jeroglíficos similares a éstos en muchos lugares de Centroamérica y de México, especialmente en Palenque, en varios lugares de Yucatán, Usumacinta, Tikal y Copán. También se posee un manuscrito con símbolos parecidos, pero que se diferencia en que éstos parecen estar muy simplificados y menos adornados, por lo que posiblemente pertenezca a otro período. Este valioso manuscrito se llama "Códice de Dresden" y se encuentra escrito en distintos colores sobre una clase de papel muy hermosa que era utilizado por los indígenas en épocas anteriores a Cortez y a Colón. Estos jeroglíficos fueron considerados irrevocablemente ilegibles hasta que el distinguido investigador Brasseur de Bourbourg, en uno de sus viajes a España, encontró un antiguo manuscrito del obispo Diego de Landa, *Cosas de Yucatán por Diego de Landa*. En este relato, escrito sólo algunos años después del descubrimiento del istmo, relata el obispo que los naturales del lugar utilizaban una escritura muy particular y explica, además, algunos de los símbolos. El escrito concluye con el alfabeto y su equivalente en letras latinas. Estos jeroglíficos explicados por Landa se asemejan mucho a los de los monumentos, por lo que se tiene la esperanza de que sean descifrados muy pronto. En esta tarea se empeñan varios arqueólogos europeos, entre ellos especialmente Brasseur de Bourbourg, pero hasta el momento todos se han visto decepcionados, ya que después de mucho trabajo sólo han podido interpretar —y no demasiado bien— máximo dos o tres símbolos en cada uno.

Hace algún tiempo se aseguraba que en una de las antiguas bibliotecas

españolas se había encontrado un libro de catecismo escrito en estos mismos jeroglíficos y que de su análisis se había inferido que las explicaciones del obispo de Landa han sido bastante parciales. Creo que aún es posible encontrar la clave que facilite el entendimiento de la escritura maya y que se levante así finalmente el velo que cubre la historia de los monolitos de Centroamérica.

Pero retornemos ahora a Quiriguá y a sus monumentos. Algunos pies adelante o al sur del primer obelisco, se alza un enorme bloque de piedra arenisca de aproximadamente doce pies de largo, ocho de ancho y cuatro de alto. Su forma parece la de un sapo y tengo la impresión de que cumplía con la función de altar. Hacia el norte, o sea en la parte que da la cara al obelisco, termina en una cabeza de sapo, mientras que la parte trasera parece ser una cabeza humana. El resto de la piedra se encuentra maravillosamente bien esculpido con extraños adornos, jeroglíficos y figuras de cuyo significado nada sabemos. Se distinguen especialmente por su buen gusto unos relieves de seis grandes escudos de cuatro lados, ubicados en líneas cóncavas sobre las cabezas de los sapos. En los lados más alargados de la piedra se ven caparzones irregulares, igualmente decorados con figuras alegóricas, imposibles de describir e igualmente difíciles de dibujar. Las patas delanteras del sapo están vueltas hacia atrás y se compone, entre otras cosas, de un campo cuadrado dividido en veinte jeroglíficos menores. En una palabra, apenas se puede ver en la piedra un espacio que tenga el tamaño de una mano y que no se encuentre totalmente repleto de los más hermosos adornos. Toda ella ofrece una imagen muy bella que despierta y acrecienta el interés del estudioso.

Los obeliscos de la segunda hilera son también dobles y están ubicados a unos ciento cincuenta pies al sur de la primera línea, en forma paralela a ésta. La columna de piedra del medio está derrumbada, pero las que se encuentran a ambos lados están aún de pie, si bien la de la izquierda se inclina bastante hacia un lado. Esta última es la que está mejor conservada de toda Centroamérica e inclusive de México. El lado que da hacia el piso ha sido el menos expuesto al sol y a la lluvia, y por esa causa es que está en tan buen estado, como cuando el picapedrero dio el último golpe de cincel. Mide veintinueve pies de altura y sus lados entre cuatro y cinco de ancho. Tanto ésta como las otras columnas tienen tallado o en relieve y en tamaño natural un personaje visto de frente en el lado que mira hacia el norte. El sombrero está también en este caso dividido en tres secciones, cada una de las cuales tiene una calavera. De las orejas cuelgan aretes grandes que asemejan cuadros y en las manos cruzadas se ve también el

mencionado cetro con sus largas plumas. El barniz original está aún bien conservado. La cara de la figura se encuentra bien lograda; sus rasgos son claros y nobles, la nariz larga y recta, los labios no sobresalen y tienen únicamente muy marcado el lado izquierdo, lo que me hace suponer que dichas esculturas han podido ser el retrato de algún individuo. La parte delantera de la piedra, como es costumbre, está repleta de adornos y de jeroglíficos. Al lado del brazo izquierdo hay un escudo de cuatro lados que recuerda a los escudos de armas de los nobles europeos, pero las figuras representadas en éste son muy difíciles de describir. Los lados más cortos, que dan hacia el este y el oeste, contienen en las dos terceras partes inferiores unos cuarenta jeroglíficos, mientras que el tercio superior está constituido por hojas de zapote superpuestas como si fuesen las tejas de un techo.

La columna que se ubica más hacia el oeste aún se mantiene en pie, y es similar en muchos aspectos a la que acabamos de describir, aunque se diferencia por ser un par de pies más corta. Sus esculturas no están tan bien conservadas como la anterior, pero por lo que se puede apreciar, éste ha sido el obelisco mejor realizado y de dibujos más hermosos. Las dos figuras del lado sur y norte son muy similares a la anterior, si bien se distinguen por poseer cada una algún rasgo característico, lo que nos hace suponer que también han sido retratos de hombres importantes. La figura que está hacia el sur tiene las manos sobre los hombros en lugar de tenerlas cruzadas en el pecho como las otras. Los lados que miran hacia el este y el oeste contienen cuatro líneas de diecisiete jeroglíficos cada una. El tercio superior está también adornado con hermosas hojas de zapote superpuestas formando un diseño bellísimo, digno de adornar cualquier escultura de la actualidad.

Veinte pies hacia el sur del obelisco inclinado se alza otra piedra cincelada que se parece a la que representa al sapo, aunque es de mayor tamaño. Figura ser un armadillo, tallado en bajorrelieve y recubierto por completo de adornos y ornamentos. A lo largo de la base de la piedra corre un interminable friso de jeroglíficos y en el centro de cada lado hay un escudo cuadrado que contiene otros veinte similares. Esta escultura tan extraña se encuentra, indudablemente, en peor estado que la del sapo y parece que originariamente ha sido menos trabajada, si bien está provista de mayor cantidad de escritura simbólica.

A unos cientos de pies hacia el sur de estos monumentos se yerguen tres obeliscos alineados en forma paralela con los anteriores, a los que se asemejan mucho. Sin embargo, en lugar de ubicarse mirando hacia el sur y hacia el norte, parecen estar vueltos hacia el este y el oeste, a juzgar por

el único que aún se mantiene en pie. Esta columna mide unos catorce pies de altura y se encuentra provista de esculturas de estilo similar a las ya descritas. Los jeroglíficos de los costados son menos, apenas unos dieciseis por lado, pero de mayor tamaño. Las otras dos columnas de esta hilera se han derrumbado y yacen bajo la tierra, sobre la que crece musgo y hierbas.

Alejándonos unos cientos de pies, encontramos la pirámide más meridional. Esta posee hermosas piedras talladas de varios pies de largo y de más de uno de altura y de ancho. A lo largo del lado cóncavo, o sea, el que forma la abertura de la "U" y que mide 180 pies de largo, se ven ocho o más bloques de piedra esculpidos y bastante bien conservados. Todos están cercanos a la base de la pirámide y equidistantes unos de otros. De norte a sur encontramos las esculturas que describimos en el párrafo a continuación.

Hay una piedra redonda, cuya superficie plana superior es de cuatro pies de diámetro y que contiene ininterrumpidamente jeroglíficos ordenados como una corona a lo largo del borde exterior. La mitad de la piedra está cubierta de símbolos irregulares diferentes a los anteriores, después de los cuales se ve una cabeza grande, poco trabajada, de aproximadamente cuatro por seis pies, que representa a un animal felino. De todos los bloques esculpidos es solamente este último, o sea el que da la cara o la esquina sudeste de las pirámides, el que se encuentra en mejor estado y por lo tanto el único que puede describirse. La mayor parte de los otros está destruida o han crecido sobre ellos grandes árboles, por lo que es imposible distinguir bien su forma y sus grabados. Uno de los bloques más grandes está dañado en el centro, donde ha crecido un árbol de cinco o seis pies de diámetro, dividiéndolo en dos partes. La última de las piedras se encuentra, por el contrario, en muy buen estado de conservación, si bien el barniz original se ha arruinado. Su circunferencia es de veinticinco pies y su altura de seis. La cara que mira hacia el este representa a una figura femenina, en posición sentada, con un traje muy bien esculpido y un sombrero o corona en la cabeza cuyos adornos se extienden cubriendo la parte superior de la piedra, mientras que la parte delantera está recubierta de extraños símbolos y ornamentos particulares. Los lados, que son cóncavos hacia afuera, contienen dos cintas anchas llenas de escudos alargados y redondos, o jeroglíficos. En el lado que mira hacia el este, debajo del brazo izquierdo hay un gran escudo con una mano, un brazo y otros símbolos grabados. Este escudo recuerda al del obelisco inclinado que he descrito con anterioridad, pero se encuentra mejor trabajado. Los lados de esta maravillosa piedra están ornamentados con toda clase de guirnaldas y adornos, mas contienen pocos o ningún jeroglífico. La piedra tiene forma ovalada o irregularmente

redonda y su extremo superior es plano. En todo sentido, ésta es la piedra más hermosa de las que se han encontrado hasta la actualidad en Quiriguá, y debe ser considerada como una de las esculturas más dignas de ser visitadas, no solamente entre las de América, sino entre todas aquéllas que se han conservado de antiguas civilizaciones.

Posiblemente haya mucho más escondido en la selva de Quiriguá, pero ningún hombre blanco lo suficientemente civilizado como para tener interés en estos monumentos ha podido encontrar el lugar. Durante mucho tiempo podrán aún realizarse nuevos descubrimientos. ¿Quién será el primer favorecido?

El comandante de Quiriguá tenía en su casa una estatua de aproximadamente unos cinco pies de largo que representaba a una persona acostada que me recordaba bastante a la imagen encontrada hace muchos años por el doctor Plongeón en Chichén Itzá (Yucatán) y que según se cree era el retrato de Chac-Mohl, rey de los itzáes, cuyo nombre tuvo oportunidad de descifrar el mismo Plongeón con ayuda del alfabeto de Landa. La única diferencia sería que Chac-Mohl tiene la cabeza vuelta hacia un lado, mientras que esta estatua contempla hacia adelante. Las manos descansan sobre el estómago sosteniendo un pequeño bloque con una abertura cuadrangular en donde probablemente haya habido un recipiente de ofrendas o algún otro objeto similar. No cabe duda de que el valle del Motagua producirá ricas cosechas arqueológicas en el futuro.

Desde Quiriguá me dirigí, atravesando Zacapa, hacia las conocidas ruinas de Copán, las segundas en importancia de Guatemala y las primeras en importancia en Honduras. La información más antigua sobre éstas data de mediados de 1500 en que fueron visitadas por el licenciado Diego García de Palacio, quien posteriormente las dio a conocer en una carta dirigida al rey de España, Felipe II. En este relato, que permaneció inédito durante mucho tiempo ya que no fue dado a conocer públicamente en su totalidad hasta la actualidad, se describen cantidad de estatuas y de imágenes de dioses que estaban ubicados en un gran anfiteatro de asientos de piedra que ascendía hasta los ochenta pies de altura. En el centro de esta plaza se alzaba, al parecer, un altar en el cual posiblemente se realizaban sacrificios humanos. Junto a éste había un templo de piedra bastante grande y, a su lado, la entrada a dos grandes grutas. García de Palacio infructuosamente intentó rastrear leyendas autóctonas que se refiriesen al constructor de estos monumentos o que permitiesen descifrar el significado de los jeroglíficos. Mas lo único que la gente sabía era que habían sido construidos muchísimo tiempo atrás por un hombre originario de Yucatán, quien posteriormente

había regresado a su país, abandonando el templo a su suerte. En referencia al significado de los jeroglíficos, nada pudo averiguar.

Durante más de cien años permaneció olvidado el descubrimiento de Palacio, hasta que en 1686 el historiador de Guatemala, don Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, tuvo noticias de la existencia de estas ruinas. Parece ser que él mismo no llegó a visitarlas nunca y que sus informaciones las obtuvo del cura de Chiquimula y de otras dos personas que habían realizado una excursión a aquel lugar, acompañados de sus servidores. Un capítulo de la historia de Fuentes y Guzmán, en su mayor parte aún sin publicar (*Recordación florida*), se refiere exclusivamente a los maravillosos monumentos de Copán. Mas, al parecer, su descripción es, en muchos aspectos, tanto exagerada como defectuosa, lo cual no es extraño, ya que los datos pasaron primero por la mente fantasiosa de un cura. Fuentes y Guzmán asegura que el anfiteatro es redondo y lo llama con el nombre de "Circo Máximo". Los asientos de piedra que hemos mencionado no han sido aún encontrados. Pero lo que creo que es más digno de señalar del relato de Fuentes y Guzmán es que menciona una hamaca colgante de piedra con dos figuras sentadas en ella, un indígena y una indígena, vestidos con los trajes típicos del país y tallados en una sola piedra. Esta hamaca estaba, al parecer, tan bien construida que podía mecerse con el impulso de la mano. Fuentes y Guzmán consideraba que la gruta era extremadamente maravillosa, provista de columnas y ventanas, pero desgraciadamente no era posible penetrar en ella demasiado, ya que se encontraba bajo un hechizo, motivo por el cual se habían enfermado de malaria el cura y todos sus acompañantes. El historiador tiene, no obstante, dudas acerca de la veracidad de esta información y piensa que posiblemente la enfermedad haya sido causada por la ingestión en demasía de frutas tropicales. La descripción de Fuentes y Guzmán ha sido considerada siempre errónea, puesto que nunca se han encontrado ni la hamaca ni la gruta. Quiero aquí aducir en su favor que posiblemente sólo haya escrito lo que los otros le habían relatado, y pienso que si alguna vez estas ruinas son lo suficientemente estudiadas, se encontrarán rastros, tanto de la gruta como de la hamaca.

Con posterioridad a estos sucesos, Copán no volvió a ser mencionada en unos ciento cincuenta años. Recientemente, en 1836, fueron visitadas nuevamente. Esta vez por el coronel Galindo, un italiano del ejército de Guatemala, quien también dejó un relato de su viaje con una descripción bastante incompleta de las ruinas. Algunos años después, en 1839, el norteamericano John Loyd Stephens y el artista F. Catherwood llegaron a la región.

El primero viajó designado con el cargo de enviado político en Guatemala y demás repúblicas centroamericanas; el segundo como dibujante, especialmente para ayudar en las investigaciones antropológicas, que constituían uno de los objetivos más importantes del recorrido. El relato de Stephens (*Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán*) es insuperable desde todo punto de vista y uno de los mejores dentro de los de su género. Puede ser considerado como la fuente de información más importante para quienes quieran estudiar los monumentos centroamericanos. Los dibujos que Catherwood hizo de las estatuas, las esculturas y jeroglíficos también son de extraordinario valor, y representan fielmente la realidad.

Después de Stephens, las ruinas de Copán sólo han sido visitadas ocasionalmente por extranjeros y menos aún por los habitantes instruidos del propio país. A excepción de una breve descripción realizada por el francés Dessaussay, nada nuevo se ha dado a conocer sobre ellas. No pude encontrar a nadie en toda Guatemala que hubiera visto las ruinas aunque fuera sólo una vez; ni siquiera habían estado allí el señor José Milla —el conocido historiador— ni el señor Manuel Herrera, uno de los ministros del actual gobierno, que eran las dos personas que más se interesaban en los estudios arqueológicos. Muchos viajaban por las cercanías de Copán pero muy pocos eran capaces de desviarse de la ruta para visitar los monumentos.

Las ruinas, por las que Copán recibe tanto renombre y fama, están ubicadas a muy poca distancia del pueblo, y lo que se divisa de ellas desde allí parece ser una gran colina arbolada. También en el centro de la aldea hay otros monumentos, algunos de ellos de gran interés, pero dejaré su descripción para otra oportunidad. Como mi acompañante era uno de los hombres más ancianos del pueblo, que había vivido allí cincuenta de los setenta años que tenía, era de suponer que podría rastrear todo lo que hubiera sido digno de verse. Mas desgraciadamente descubrí muy pronto que su ayuda era de escaso valor.

A la media hora de marcha por el camino provincial que conducía hasta Honduras, donde se encuentra ubicado Copán, llegamos a dos colinas de piedra muy parecidas, similares a los mojones suecos. Muy pocas habían sido las pisadas humanas que desde allí habían seguido el sendero de la derecha que atravesaba la impenetrable selva. La noche anterior había caído un aguacero, motivo por el cual el camino estaba enlodado y los árboles y arbustos relucían aún con cantidad de gotas de lluvia. En apenas cinco minutos de caminata estuvimos frente a una pequeña pirámide de piedra de aproximadamente quince pies de altura y veinte de largo. Al otro lado de ésta vimos una gran plaza abierta, en la cual había numerosas

columnas de piedra de forma cuadrangular. Este era, al parecer, el "Circo Máximo" descrito por Fuentes y Guzmán o el denominado como anfiteatro por Palacio.

El gobierno de Honduras permitió talar una gran parte de los árboles y la mayoría de los arbustos que cubrían esta plaza sólo unos meses atrás. De esta manera se logró obtener una mejor visión del lugar. A través de un examen detallado descubrimos que la plaza, en lugar de ser redonda, era cuadrangular. Tres de sus lados se encontraban rodeados por un anfiteatro cortado en piedra y abierto hacia el norte. Los lados este y oeste medían más de trescientos pies, mientras que el del sur unos trescientos ochenta.

En la zona más meridional se alzaba una colina de veinte pies de alto, en donde aún eran visibles los rastros de una escalinata que conducía hasta el extremo superior. Tengo la impresión de que éste fue utilizado como templo o *teocalli* (*teotle*, dios, *calli*, casa). Delante del altar en donde debieron realizarse los sacrificios, había diez estatuas de piedra o pequeños obeliscos que se parecían bastante a los de Quiriguá pero eran de menor tamaño. El más grande apenas alcanzaba los catorce pies de altura, su ancho era de unos tres pies y medio, mientras que el largo oscilaba entre los cuatro y cinco. Desde el teocalli se obtenía una inmejorable visión de la plaza y de las estatuas allí alineadas. La mayoría de ellas representaban figuras masculinas y solamente de dos podría asegurarse que eran femeninas. Los lados se encuentran, salvo contadas excepciones, recubiertos de jeroglíficos. Cinco de ellas están aún de pie, mientras que otras cinco se han derrumbado sobre el terreno y están bastante dañadas. El bajorrelieve con que están esculpidas es tan profundo que muchas tallas parecen un encaje calado. El nombre del lugar, "Plaza de los ídolos", se debe a la existencia de estas estatuas. Frente a ellas, y no demasiado lejos, hay un altar formado por una piedra redonda o cuadrangular, muy adornada en todas sus caras con surcos profundos y canales que descienden por los costados y que seguramente han servido para hacer correr hasta el piso la sangre de las libaciones. Se destaca especialmente uno de los altares que tiene forma de tortuga con un gran caparazón; los otros —todos diferentes— se apoyan sobre algún animal fantástico y extraño.

Los rasgos de las caras de todas estas estatuas son marcadamente mongoloides; algunos expresan temor o enojo, pero todas parecen estar destinadas a inspirar horror. Una de ellas, que se encuentra en la mitad de la plaza, representa a un personaje ricamente vestido y que lleva un sombrero similar a los que usaban los mandarines chinos. En la punta de éste hay una cruz y en sus lados, hacia el mismo borde de la piedra, se

ven dos trompas de elefante. Parece verdaderamente como si el pueblo que ha construido estas estatuas ha reflejado en ellas a una clase de gente que se diferencia totalmente de los indígenas que habitan los alrededores de Copán. También hay allí una cuyo modelo parece que ha sido un indígena maya.

En el lado este del anfiteatro se alza una gran pirámide de por lo menos ochenta pies de altura y que, como las otras, se encuentra también tallada en piedra. Los matorrales son tan espesos que la cubren totalmente, ocultándola de la vista hasta que se está casi encima de ella. No demasiado lejos se ve un monolito cuadrangular, bastante extraño, que mide aproximadamente doce pies de altura y sus lados entre cuatro y cinco de ancho. Esta columna se encuentra cubierta de jeroglíficos y ninguno de los pocos ornamentos que posee representan una figura en relieve. Es la única en este estilo que se conoce en Copán; sin duda sus jeroglíficos relatan algún suceso histórico o religioso de importancia. El alfabeto de Landa ha servido de ayuda para la traducción únicamente del mayor de los símbolos de la primera ruta. En éste se puede leer *Ahau*, que en idioma maya significa "soberano", aunque también era el nombre de un mes. Seis pequeños anillos a un costado de éste podrían interpretarse como cifras, ya que no sería extraño que el relato comenzara con alguna fecha. Este es, sin lugar a dudas, un amplio campo virgen para el arqueólogo que disponga tanto de tiempo como de capacidad y dinero, tres elementos indispensables para descifrar la escritura simbólica de Centroamérica.

Hay que señalar que las puntas o sombreros de esta columna se encuentran en la actualidad en el piso. Su forma es la de una pirámide baja y truncada, sobre la cual se levanta una cabeza rodeada de un halo similar al disco solar de los templos egipcios, y caracterizado por estar tallado en piedra y por poseer la misma cantidad de rayos que el egipcio, o sea diecisiete. Así es que en los monumentos de Copán encontramos rasgos que hablan de su parentesco, tanto con el mundo occidental como con la antigua sociedad asiática. Si se pudiesen interpretar los jeroglíficos, seguramente podrían aclararse muchos aspectos sobre el origen del hombre americano.

Cerca de las pirámides corre un sendero de piedra elevado a unos cinco o seis pies de altura, que mide unos veinte pies de ancho y más de seiscientos de largo. Se orienta mirando hacia el noreste. Resulta casi imposible caminar por él por la dificultad que constituyen los canales y árboles que lo cubren, mas recorriendo los alrededores se puede ver con bastante facilidad que acaba en una aglomeración de pirámides un poco más hacia el norte

de la "Plaza de los ídolos". Este conglomerado de pirámides constituye el grupo de monumentos más antiguos de Copán, e indudablemente uno de los más maravillosos de toda América.

El plano de la construcción tiene forma rectangular con lados de 640 y 540 pies de largo. El lado izquierdo es vertical y descende a pique directamente hacia el río Copán. Los lados que miran hacia el sur y hacia el este se alzan a ciento sesenta pies, mientras que los otros a solamente cien. Como ya se ha dicho, existe una colección completa de pirámides erguidas sobre una base común. Exteriormente aparentan ser una sola, mas su interior se encuentra dividido en dos grandes plazas redondeadas de diferentes pirámides de gran tamaño. En el medio se alza una central de ciento cincuenta pies de base y, junto a uno de sus lados, una plaza elevada que puede haber sido una pirámide truncada cuyo basamento es alargado y mide veinte pies de altura. A ambos lados de ésta se encuentran las dos plazas internas ya mencionadas. La menor, de solamente unos ciento quince pies de largo y de forma rectangular, y la segunda, que mide más de trescientos, está provista de dos pabellones con forma de letra "E". La vista que se obtiene desde este lugar es magnífica, y todas las esculturas y los monumentos de los alrededores nos hacen suponer que ha sido escenario de importantes acontecimientos religiosos. Posiblemente dichas plazas hayan sido los lugares sagrados del templo, destinados a las fiestas y a los sacrificios y por este motivo quizás se los adornaba con estas exquisitas esculturas, verdaderos tesoros artísticos.

Cuando nos acercamos a la "Plaza de los ídolos", vimos una construcción, que parecía una pirámide en punta de unos ciento sesenta pies de altura, y al lado de ésta otra más alta, formando entre sí una única plaza alargada, la "Plaza de Moctezuma". La pirámide de la izquierda es casi de la misma altura que la del centro, pero la de la derecha es de menor tamaño y se encuentra cortada; ha sido, por lo tanto, un templo dedicado a realizar sacrificios. A los pies de ambas pirámides hay dos estatuas, una de las cuales se encuentra derrumbada y semidestruida, pero a juzgar por la que aún se encuentra de pie, ha sido un excelente retrato de alguna personalidad a quien se ve ricamente vestida y con innumerables adornos, plumas y joyas. La parte trasera de la estatua refleja al mismo individuo. Según los habitantes del lugar, se trata de Moctezuma, cuya historia aún vive en boca de este pueblo, pero yo me atrevería a afirmar que no sólo esto es erróneo, sino que este personaje no es ni siquiera de origen mexicano.

Entre las dos pirámides altas hay una escalera de piedra que conduce a la plaza elevada. En ésta encontramos rastros de delgadas columnas de

piedra, talladas y adornadas. A su izquierda, a través de otra escalera, se descende hasta otra plaza que está rodeada de pirámides, cuyos lados escalonados deben haber servido de tribuna para el público que asistía a las ceremonias.

En la pirámide que se encontraba al frente nuestro había un pozo redondo de unos diez o doce pies de profundidad y en uno de los lados que estaban orientados hacia la plaza se abría una sepultura de piedra y con techo en punta, que tenía capacidad como para albergar a tres o cuatro personas. Cuando el coronel Galindo abrió esta sepultura por primera vez, encontró que contenía cincuenta vasijas de cerámica repletas de huesos envueltos en cal, algunas joyas y una calavera maravillosamente tallada en una piedra verde. No se sabe a dónde habrán ido a parar todos esos objetos, pero es posible que en la actualidad se encuentren totalmente arruinados. Frente a esta tumba y al otro lado del puente se ve la entrada a un pasillo largo triangular que mide 2 pies de ancho por 1.5 pies de alto y que se encuentra revestida de piedra tan bien adaptada que es imposible descubrir siquiera una pequeña ranura. Este pasillo mide sesenta o setenta pies de largo y atraviesa transversalmente a la pirámide hasta desembocar en el lado de la izquierda, perpendicular al edificio, unos cuarenta pies más alto sobre el nivel del río Copán. Si bien el corredor se va ensanchando hacia afuera, no deja de ser demasiado estrecho e imposible de utilizarlo de camino. Una persona puede avanzar por él, arrastrándose sobre pies y manos, pero no se puede dar la vuelta.

Todos aquellos que visitaron este lugar han reflexionado sobre la función que puede haber cumplido este pasillo, mas las teorías existentes no han llegado a ninguna conclusión válida.

En los muros laterales de la pirámide hay cortadas unas estrías en el bloque de piedra, lo que me hace suponer que por allí corría la sangre, desde el lugar de los sacrificios, atravesando la entrada triangular, que debía servir de desagüe, hasta alcanzar el río Copán. Se sabe que en muchas oportunidades, como por ejemplo en ocasión de la coronación de Moctezuma, se sacrificaron muchos presos. Algunos dicen que la cantidad ascendió a diez mil, pero otros aseguran que fueron más de cien mil; lo cierto es que la sangre corría a torrentes. Posiblemente acontecimientos parecidos sucedieron en el templo de Copán.

La plaza del oeste, que es la de mayor tamaño, cobija a la mayoría de las esculturas. A lo largo de los lados de la pirámide hay tallas en la piedra que representan grandes calaveras, a veces incluyendo dos en una misma pieza, y jeroglíficos. Describir todas estas esculturas sería una tarea demasiado

trabajosa, pero quiero al menos nombrar a dos de las más importantes. Una de ellas es un altar cuadrangular de unos cinco pies de lado, sobre el que se ven jeroglíficos y debajo de cada uno de éstos la representación de cuatro figuras humanas sentadas con las piernas cruzadas a la manera occidental. Dos de ellas parecen ser caciques que se encuentran negociando entre sí; las otras catorce posiblemente sean sus acompañantes. Estas esculturas en bajorrelieve están bastante bien conservadas. El altar mismo descansa sobre cuatro semi-hemisferios. Las otras esculturas están constituidas por columnas cuadrangulares de —aproximadamente— trece pies de alto. Un individuo de tipo indígena se encuentra representado en la parte delantera. Sus rasgos son muy hermosos y se le ve muy adornado. Lleva un sombrero con un hoyo en la parte delantera, en donde posiblemente se incrustara alguna piedra preciosa. El que no haya visto esta estatua no puede siquiera llegar a imaginarse su belleza, lo hermoso de su estilo y lo elegante del diseño. La cara parece vivir y habla de bondad e indulgencia. Se diferencia totalmente de las de tipo mongoloide que viéramos en la “Plaza de los ídolos”. Al lado de estas pirámides hubo antiguamente otros monumentos, pero ahora se encuentran destruidos y sus restos desparramados por los alrededores, cubiertos de tierra y vegetación. Posiblemente las excavaciones proporcionarán objetos antiguos de gran valor, pero dudo mucho que posean valor en metal.

En toda la localidad hay colinas piramidales de menor tamaño, recubiertas de piedra cortada, entre las que se ven cantidad de bajorrelieves, restos de estatuas y columnas derrumbadas, a menudo extraordinariamente bien trabajadas. En el mismo pueblo de Copán hay algunos monumentos escondidos entre los matorrales, entre los que se destaca un altar cuadrangular similar al que viéramos en las ruinas del templo y que tiene un concilio de personas sentadas a lo largo de los cuatro muros. Algunas de estas imágenes tienen cabeza de animales como cocodrilos o lobos y me recuerdan a las que se ven en los monumentos egipcios. No obstante, esa es la única similitud, ya que ni los jeroglíficos ni las figuras se le parecen.

En lo que a las pirámides respecta, podemos dividir las en dos categorías diferentes. Por un lado aquéllas que terminan en punta, y por otro las que acaban en un plano chato o teocalli y que era en donde se realizaban los sacrificios. Las del primer tipo que mencionamos se encuentran ubicadas a menudo sobre otras mayores, como si brotaran de una pirámide madre. Cada una de éstas sostiene tres o cuatro más pequeñas. El motivo de que se las construyera de esta manera es aún desconocido.

La destreza artística manifiesta en los monumentos de Copán no puede

más que asombrar al visitante. Tanto por su dibujo como por el arte arquitectónico pueden ser equiparadas con las egipcias, mas en los aspectos morales y religiosos son reflejo de un pueblo indiscutiblemente inferior. Los sacrificios humanos y la forma de realizarlos en público son claro ejemplo de ello. Por otro lado, debemos aceptar que cuando los jeroglíficos y los manuscritos en idioma maya puedan ser interpretados, se comprenderá también a este pueblo de manera diferente. La enorme cantidad de ruinas que cubren Yucatán, Guatemala, Honduras y parte de México pertenecen seguramente a los mayas, y hablan de que éste ha sido un pueblo poderoso que había logrado alcanzar un alto grado de perfeccionamiento.

En Copán había admirado uno de los más espléndidos santuarios de la antigüedad y en el camino de regreso a Guatemala tuve la oportunidad de visitar un lugar no menos importante entre los de su clase, reflejo de la vida religiosa de la población actual.

Durante el segundo día de marcha y mientras cruzábamos una planicie arbolada, nos encontramos con que repentinamente el camino comenzaba a descender y con que el bosque se hacía cada vez más ralo. Frente nuestro se abrió una llanura, de forma casi redonda y que medía unas veinte millas inglesas de diámetro, totalmente rodeada de altas montañas arboladas y cumbres áridas. En el mismo valle sólo se veían escasos espacios arbolados que asemejaban islotes en el mar. En medio de aquella planicie pelada de vegetación y bordeada de montañas, se alzaba un gigantesco templo, cuyas torres y almenas blancas brillaban al sol. Era éste un santuario, consagrado al Señor de Esquipulas, tan espléndido y majestuoso, que no es posible siquiera imaginarlo.

Estaba ya la tarde avanzada cuando llegamos al pueblo de Esquipulas, al que se veía como un conjunto de casas pequeñas de adobe bastante feas, algunas chozas de bambú y con una gran plaza cuadrangular y empedrada en donde se destacaban el cabildo y una iglesia construida para honrar a algún santo. Una calle de un cuarto de milla sueca de largo, contando desde la plaza, descendía transversalmente hacia el enorme templo del Señor de Esquipulas. Este sendero era también bastante extraño porque la mayoría de las casas que allí había estaban deshabitadas, y al caminar por allí se tenía la sensación de cruzar una ciudad abandonada. Esto se debía a que habían sido construidas solamente con el fin de alojar a los miles de peregrinos que llegan al poblado para las festividades del 2 de enero.

Se cuenta que unos cien años atrás un cura de Esquipulas había visto al Señor descender del cielo. El crucificado le había señalado al cura aquel lugar como su vivienda, encargándole que recolectase infatigablemente

dinero para construir allí un templo que debería superar en pompa a todos los otros del Nuevo Mundo. Y así sucedió. Se reunió el dinero con los aportes de toda la población cristiana del lugar. Según se cree, la construcción de este santuario ha costado un millón y medio de pesos, pero éste se alza allí en la actualidad como fiel recordatorio del fervor al sacrificio de la curia y como reflejo del poder y de la influencia de la Iglesia. Cada 2 de enero, aniversario de la aparición, se reúnen en esta meca del Nuevo Mundo unos 60,000 peregrinos provenientes de todos los rincones de Centroamérica.

Mientras recorriamos el largo camino hacia el templo, en busca de un techo bajo el cual cobijarnos, muchas fueron las cabezas que se asomaron por puertas y ventanas para vernos pasar; seguramente nos creyeron devotos que veníamos de lejos para honrar al Señor de Esquipulas. En el mismo lugar en que el sendero terminaba, no demasiado lejos del templo, encontramos un cobertizo y decidimos instalarnos allí. Colgué mi hamaca y encendimos fuego. No hacía mucho que estábamos en aquel lugar cuando desde el santuario se nos acercó un muchacho moreno, pálido y con aire de santulón. Me preguntó si no había visitado al "Señor", con lo que naturalmente quería significar el templo. Como le respondí negativamente, me invitó a acompañarlo y acepté gustoso. El santuario se encuentra construido sobre una plataforma elevada a la cual se llega por una escalera de muchos peldaños. Está construido en un hermoso estilo arquitectónico y supera en tamaño a la catedral de Uppsala. En cada una de sus esquinas se alza una torre alta de forma cuadrangular, más delgada en el extremo superior y ricamente ornamentada. Entre las cuatro torres, y sobre el coro, se arquea una cúpula de grandes dimensiones. El frontispicio está cubierto con imágenes de santos y columnas. Todo es espléndido en extremo. A esto contribuye además la amplia planicie despejada de casas, árboles y cualquier otro objeto elevado. No obstante, el interior es aún más magnífico, si es que esto es posible. Hay infinidad de columnas y pinturas, si bien estas últimas poseen poco valor artístico. La cúpula se encuentra decorada con un par de cuadros gigantescos, cuyo artífice ha sido uno de los curas de Esquipulas, Pedro Dávila. Una de estas pinturas es una reproducción de "La Santa Comunión" de Leonardo; el otro —una auténtica composición de Esquipulas— representa a Jesús de Nazaret vendido por Judas. El padre ha logrado producir con éstas un efecto que seguramente ni siquiera imaginó: las imágenes son terriblemente cómicas. Sin embargo, creo que los habitantes del lugar las verán con mayor benevolencia.

En el altar hay una obra maestra: la famosa imagen del Cristo Negro.

Todos los que han visitado Esquipulas, desde Stephens a Dessaussay, se han referido a éste intentando explicar su color diciendo que esta imagen negra sirvió a los curas para contentar a los indígenas. Pero como éstos no son mucho más oscuros que los mismos españoles, siempre he puesto en duda esta afirmación. Menos escrupuloso que mis antecesores, me dirigí al altar para poder inspeccionar la imagen de cerca. Es una representación en tamaño natural de Cristo crucificado. Está fundida en bronce e indudablemente es un trabajo de gran valor artístico y una de las obras de bronce más maravillosas que se poseen en América. El color negro parece deberse simplemente a la oxidación del metal. Tan renombrada ha llegado a ser esta imagen que en casi todas las iglesias de Centroamérica se ve una reproducción pequeña, naturalmente en color oscuro.

Mis mozos, ambos muy religiosos, se prepararon también para conocer el santuario. Primero bajaron hasta el pueblo para comprar una vela de sebo de las más pequeñas y baratas y con ésta se dirigieron a la iglesia. En el altar ardía otra candela colocada seguramente por algún otro mozo, y al lado de ésta encendieron ellos la suya; luego se sentaron frente a la imagen del Cristo y me dijeron que también yo debía sentarme allí. Piadosamente cada uno de ellos colocó un "cuartillo" (o sea, tres centavos) en la bolsa de las contribuciones, que seguramente el buen cura utilizaría en actos de devoción.

En Guatemala —a donde recién arribé a principios de septiembre— encontré todo igual que a mi partida. El 15 de septiembre se festejaba el aniversario de la Independencia de España. Creo que este importante acontecimiento sucedió en 1821. A partir de ese momento el país se derrumbó en cenizas y fuego y, recientemente, bajo la conducción fuerte de Justo Rufino Barrios, ha comenzado a vislumbrarse un futuro más luminoso, mas desgraciadamente aún se ve bastante negro. Los jesuitas han sido desalojados y la curia destruida, y "De novia se viste la monja / con seda y rosas hermosas".⁵ Pero desgraciadamente no existe ningún "bienaventurado rey Gösta" en Guatemala.⁶ Los conventos y demás propiedades se expropiaron,

⁵ Nos hemos tomado la libertad de traducir libremente la estrofa del verso transcrito por el autor y que en el idioma original era: *Nunnan i silke, hon kläddes till brud / Med rosor och dejliga blader* (nota del traductor).

⁶ El autor hace alusión a una novela de la escritora sueca Selma Lagerlöf, "La leyenda de Gösta Berling" ("Gösta Berlings Saga"), publicada en 1891. El protagonista, Gösta Berling, es un párroco al que se destituye por beber demasiado. La historia concluye con una moraleja: el destituido cura se transforma en un laborioso agricultor (nota del traductor).

pero no por eso aumentó el tesoro de la nación, sino que simplemente se enriquecieron más los ministros y amigos del presidente. El Estado es cada vez más pobre, por lo que en las festividades apenas hay dinero para la compra de los fuegos artificiales.

Por la tarde salí a recorrer la ciudad para poder observar los festejos. Los escolares, los distintos coros de la ciudad y las corporaciones, habían ensayado durante un largo tiempo. El desfile comenzó a las tres. Primero marchaban los magistrados y los militares, luego los escolares de dos en dos —y parecía que no acabarían de pasar nunca—, después las carrozas con un gran estruendo de ruedas llevando a los músicos y a la “diosa de la libertad”, rodeada de emblemas y escudos. Finalmente seguían más corporaciones, los artesanos y más militares, éstos últimos acompañados de sus novias u otras mujeres conocidas, que iban vestidas de rojo, verde, amarillo o azul y con chales de color morado. Algunas iban calzadas y otras descalzas. Era una masa abigarrada y multicolor, pero lamentablemente olían tan mal que era necesario taparse la nariz. Afortunadamente, o desgraciadamente, según como se mire la cosa, comenzó a llover y el gentío se dispersó. La carroza de la libertad quedó abandonada en la cuneta y la diosa tuvo que bajarse cargando los escudos y emblemas. Afortunadamente, el teatro se encontraba cerca y toda la banda trotó hasta allí. Lo que ocurrió adentro no pude saberlo, aunque me imagino que se sucedieron canciones y discursos sobre la libertad, el progreso y todas esas cosas que el pueblo necesita oír.

A las ocho de la noche se prendieron los fuegos artificiales en la “Plaza de las Armas”, entre éstos también los llamados “toros” o “vacas”. Un mozo sostenía un marco en donde había varias esfinges y las encendió. Después corrió hacia el gentío que se dispersó en todas direcciones, mientras cientos de chiquillos trataban de empujar al “toro”; y lo lograron en medio del gran júbilo general, pero tanto los niños como el toro se vieron envueltos por el fuego de las esfinges. Uno de los toros encendió al otro y ambos quedaron seriamente chamuscados, aunque —según dijo mi vecino— estaban acostumbrados a que así fuera, y una oreja de más o un ojo de menos no hacen nada.

Mi estadía en Guatemala llegaba a su término. Acepté una invitación del Ministro de Educación de la República, Manuel Herrera, para visitar algunas de las haciendas con el fin de conocer los monumentos que allí existían. A comienzos de octubre retorné a San José de Guatemala para aguardar al vapor que me llevaría de regreso a California. Una carta de recomendación del gobierno dirigida al comandante, el señor Crux Betancourt, me abrió las puertas de su casa y tanto él como su secretario, Federico

King, hicieron todo lo que pudieron para servirme. Consecuentemente, pasé unos días muy agradables en su compañía. Betancourt también había visitado Copán y se mostró muy interesado en mis investigaciones. En los momentos de ocio, nuestra conversación versó siempre sobre las ruinas de Copán. Los días transcurrieron rápidamente. Cada mañana veía dibujarse la cadena de volcanes, clara y fuertemente contra el horizonte, mientras que el litoral costero de vegetación tropical se alzaba pintado en vivos colores. Por las noches se podía distinguir el cono volcánico del Izalco, enviando una columna de fuego cada cinco minutos.

Cuando llegó el "Granada", una lancha condujo mi equipaje a bordo y tuve la oportunidad de viajar en el barco del comandante. Se escuchó la sirena del vapor, levantamos anclas y rápidamente se perdió en el horizonte la costa de Centroamérica.

MESOAMÉRICA



Publicación del Centro de Investigaciones
Regionales de Mesoamérica y
Plumsock Mesoamerican Studies

13



ANTROPOLOGÍA
HISTORIA
ARQUEOLOGÍA
SOCIOLOGÍA
ETNOGRAFÍA
ETNOHISTORIA
ECONOMÍA
ETNOLOGÍA
DEMOGRAFÍA
GEOGRAFÍA
LINGÜÍSTICA